

CAPÍTULO 1

El género en la trama de comunicación y educación

Florencia Cremona

La inquietud comenzó con la investigación, aunque las preguntas eran anteriores. El tema abordado fueron las representaciones de géneros y sexualidades en las juventudes, y para ello tuvimos que buscar en las huellas del discurso, las creencias y su performance en la cultura. Lo que inició siendo un ejercicio crítico y creativo de los lugares comunes de mis propias referencias, se transformó en una composición en la que pudimos derivar inquietudes íntimas y el deseo de contribuir a conocer y transformar realidades que interpretamos como violentas y opresivas.

Analizamos diferentes retóricas transversales a instancias educativas y experiencias en los bordes corridos del pensamiento crítico. La falta de la dimensión de género en las interpelaciones disciplinares y en la cotidianidad eran notables: el género se presentaba como un problema de aquellos a quienes les acontecía. Es decir, como un problema propio de los desadaptados y no como una práctica de exclusión y violencia social que muestra la heteronormatividad obligatoria como fundamento *natural* de las instituciones modernas.

Entonces había más prejuicio y estigma que ahora. La red de internet no existía masivamente y el desconocimiento general respecto de los feminismos era mayor, tanto como lo era su prejuicio. Fuera de ámbitos políticos o académicos muy limitados, la norma de la heterosexualidad y la naturalización del racismo funcionaban como modelo de comprensión del sentido común.

Las caricaturas patriarcales y amenazantes construidas *sobre* feminismo y no *desde* los feminismos, sumado al tratamiento machista de las temáticas de violencias contra las mujeres y las sexualidades disidentes presentes en dicho *sentido común* no fomentaban una alerta comunitaria respecto de las violencias, sino todo lo contrario. Las ortopedias estéticas y sexuales previstas para los cuerpos feminizados, las ventas constantes con imágenes de mujeres, la omisión de la actividad sexual, la hipersexualización, los mitos del amor romántico y la prioridad de la familia biológica en la jerarquía de los vínculos, constituían el menú cotidiano de la cultura. La centralidad del racismo implicado en las anteriores descripciones era muy fuerte y, a la vez, omitido. Lo fuimos identificando de a poco, al mismo tiempo que reafirmamos la importancia de nombrar el racismo como un primer acto de transformación.

Eran los finales de la década del 90 y del siglo XX en la Argentina, ya muy afectada por la desocupación y la precarización laboral, sobrevolaba la fantasía de integración al mundo del Norte a partir del consumo de objetos y el espíritu de las políticas de privatización y aniquilación

de la siempre fragilizada industria nacional. Los discursos de género que se incorporan estaban más vinculados a un feminismo de reivindicación en materia de derechos. En esa época se creaba en el primer Consejo Nacional de la Mujer en cumplimiento del compromiso asumido en la Convención sobre la Eliminación de toda forma de Discriminación contra la Mujer (CEDAW), adoptada en diciembre de 1979 por la Asamblea General de las Naciones Unidas y ratificada por Argentina en 1985 mediante la Ley 23.179.

No obstante, la idea de Mujer distaba mucho de la complejidad conceptual y política que fue adquiriendo. En ese momento, mayoritariamente se nombraba a la mujer como una minoría de iguales. Se consideraba que si se restituían sus derechos iba a equipararse con el hombre, acabando de ese modo con las diferencias. Esta mirada omite a toda la amplia diáspora de sexualidades y acentúa la noción binaria de la sexualidad, porque: ¿qué es un hombre? ¿qué es una mujer?

Durante mi educación formal, fuera del voto femenino, tema abordado de manera aleatoria en alguna clase de historia, no tuve un espacio de reflexión de las formas culturales. Más bien todo lo contrario, era fortísima la sensación de que el mundo *era así* y que las demás variaciones de percepción o de forma eran problemas personales y temas vinculados a la vida privada. La pregnancia de los discursos religiosos en la vida cotidiana, en las costumbres y ritos era muy alta y la penalización de cualquier práctica que interpele el modelo femenino nominal era repudiada física y psicológicamente: no se podía ser gorda, ser lesbiana o ser ambiciosa por fuera del matrimonio, por mencionar algún ejemplo. No estoy diciendo que esto haya cambiado, pero tan solo veinte años atrás y sin la masiva presencia de las otras miradas en las redes sociales y de los feminismos en las calles, el discurso se presentaba monolítico y absoluto.

Sin embargo, la formación crítica adquirida en la universidad, las diferentes militancias, las frustraciones y preguntas propias, las reuniones entre pares y los valiosos espacios de conversación, fueron posibilitando recuperar las preguntas que tantas otras se hicieron antes y complejizarlas en el campo de la comunicación.

Hoy la situación no es tan diferente a la que describo pese a que se conquistaron muchos territorios y se derribaron límites fácticos y perceptuales. Sin embargo, hay nuevas comunidades de sentido producidas en los intersticios de las comunicaciones sociales, en el ensayo de nuevas formas de decir y en las muchas otras formas de comunicación que se están creando constantemente.

La escritura del presente

Desde el gran movimiento de los feminismos hemos conquistado avances normativos e instalado el debate en la conversación pública aunque el temario mantenga confines que impidan una integración transversal. Todavía el género y las sexualidades se presentan como ideología y la presunción de heterosexualidad domina la noción de lo común. El sentido común, que es la

ideología racista patriarcal, cada vez que puede despolitiza la sexualidad ubicándola en la genitalidad desde una perspectiva ideológica biologicista: porque la biología también es ideología. En esa acción restaura la creencia de que los problemas de las mujeres y las sexualidades no binarias son problemas personales en lugar de constructores de una matriz ideológica religiosa, económica, cultural, estética y emocional.

Género y economía, género y violencia policial, género y cómo pensamos y diseñamos nuestras familias y lazos, género en los usos y diseños de las ciudades, son solo algunas de las articulaciones emergentes que vienen a desentramar las violencias y a crear nuevos presentes. Si bien la investigación feminista labora en ellos desde el siglo pasado, el gran desafío que nos aguarda es sacar el género de su gueto para volverlo transversal a todas las áreas sociales y de conocimiento, teniendo cuidado de no diluirlo tanto, para que no vuelva a ser invisible. Esto no es una cuestión de políticas públicas solamente, son muy importantes, pero deben ser acompañadas de transformaciones culturales. La educación y la comunicación pueden promover e interpelar al sentido común que tiende a patologizar y excluye todo lo que escapa a la norma.

El género, las sexualidades y la raza cuestionan principalmente el eje de la organización económica y emocional de la modernidad que es la familia de sangre. Una idea de familia que, a pesar de las violencias que produjo en comprobados casos y situaciones, se presenta a sí misma sin historia ni fundación: como si se tratara de un hecho natural que existe desde siempre y por siempre de la misma forma. Esto nos sitúa frente a otro reto del campo: desarmar la memoria como un acto cronológico, para retomar la memoria de lo prohibido, omitida de la historia oficial. Queremos reubicar en la memoria colectiva lo ocultado, lo hecho invisible adrede, lo trans, lo lesbiano, lo *queer*, lo feminista, lo negro, lo marrón y su omisión en la narrativa educativa y comunicativa.

Como cátedra asumimos el compromiso de colaborar en el proceso de formación en el campo de comunicación y educación de comunicadores/as, que se ven interpelados/as constantemente por formas sedimentadas y vigentes de patriarcado y también por las discusiones emergentes de los feminismos y la amplia diáspora de sexualidades que actualizan la escritura del presente. En ese sentido las inquietudes, investigaciones y lecturas mencionadas han sido siempre compartidas y desarrolladas en el aula como un modo de proporcionar argumentos para hacernos nuevas y mejores preguntas y a un tipo de formación que sepa percibir el sentido de las palabras y las emociones colectivas.

Investigar, pensar y educar en pandemia

Nuestra cátedra y equipo de investigación siempre partió de las categorías de género, los feminismos y las sexualidades para la interpretación y el diseño del campo de la comunicación. Esa lectura se fue complejizando hacia los racismos, la comprensión del sistema colonial patriarcal que rige la mayoría de las instituciones modernas y la violencia implícita en todas las representaciones sociales, conceptos todos ellos entramados y que no pueden existir uno sin el otro.

Cuando llegó la pandemia, la estrategia del trabajo de coalición ante la propuesta de individuación y aislamiento que ésta produjo fue la clave con la que atravesamos la primera parte del 2020. Enseguida nos encontramos con colegas, activistas e investigadoras para generar espacios de diálogo, alzar la voz y proponer preguntas de investigación. La pregunta por las tareas de cuidados fue uno de los temas que abordamos. Los cuidados están naturalizados en las mujeres como naturalizadas están las valías de los cuerpos y sus jerarquías en función del color de piel. Armamos un equipo con otras investigadoras del país para conversar, investigar y analizar las condiciones de vulnerabilidad específicas que afectaron y afectan a las mujeres, migrantes, lesbianas y trans durante la pandemia. Entre los interrogantes planteados, revisamos el tiempo dedicado y las condiciones en que se desarrollaban las tareas de cuidados en el hogar, la responsabilidad sobre la alimentación y la asistencia de adultos mayores y niñeces que desde siempre estuvieron a cargo nuestro.

La imposición del teletrabajo, al comienzo sin demasiado método, las clases remotas y el aislamiento, revelaron la multiplicidad de tareas no remuneradas, ni reconocidas como trabajo, que el confinamiento aumentó e hizo más visible. Como decíamos, fuimos parte de un diagnóstico de la situación de las mujeres rurales, urbanas y disidencias en la pandemia de Covid-19. La pregunta que nos hicimos desde la mirada de comunicación, educación y género fue ¿quién nos cuida en casa? (Cremona, Actis, Gariglio y Sambucetti, 2020).

El hogar y el ámbito doméstico han sido para nosotras una localización compleja de obligaciones y labores, atravesado por diferentes expresiones de violencias machistas. Como resultado general de la investigación confirmamos el recrudecimiento de las sobrecargas emocionales y económicas en las feminidades a cargo de las responsabilidades domésticas y de las tareas de cuidado. Además se registró un incremento de las violencias físicas. Los cuidados tienen un rol central en la organización de la vida que viene y también desde el género, la comunicación y educación podemos imaginar formas otras de organización social a partir de la desnaturalización de los cuidados femeninos y la centralidad de la familia consanguínea como responsable de todas las tareas de mutuo sostén.

Como corolario a estos interrogantes acentuados por el mencionado contexto, es probable que pasemos la próxima década analizando las consecuencias en múltiples niveles de la experiencia distópica de la pandemia. La pregunta futura, tal vez sea ¿qué voces cuentan y con qué palabras se recupera la memoria colectiva de lo vivido para actualizar el campo de la comunicación y la educación?

La cátedra, nuestro aporte

Comentamos en los párrafos anteriores nuestras intenciones, orígenes y memorias. Desde nuestra cátedra nos concentramos en plantear que, si hablamos de género, estamos hablando de poder y del entramado de relaciones que producen prácticas, saberes y emociones; un poder que no puede ser observado en sus razones, pero sí en sus efectos. El género formula una crítica

compleja y emancipadora para alentar nuevas formas de transitar y experimentar el campo de lo educativo y de la comunicación. En consecuencia, fuimos proponiendo variadas estrategias para abatir las nominaciones de lo normal como sinónimo de la adecuación a las pautas de conductas epocales, en las que la impronta ideológica se encubre bajo el velo de la naturaleza y la biología.

Si bien el ejercicio de desarmar lo normal es una actividad habitual para estudiantes de la carrera, hacerlo desde el género es una acción revolucionaria y en algunos casos contracultural (Cremona y Gariglio, 2020). El relato de la sexualidad aún se erige como un bastión de resistencia moral, escindiendo a las preguntas que los feminismos le hacemos a los efectos de una matriz depredadora contra los cuerpos no varones, no blancos, no poderosos, no jóvenes, no ricos, no europeos, no urbanos, no religiosos.

La experiencia en el aula con pibes y pibas de todo el país y del continente, nos dice que el género y las sexualidades pasan estratégicamente desapercibidas hasta que se presentan en la propia vida como *problema* a partir de que se sufre violencia laboral, acoso sexual callejero, imposibilidad de autonomía financiera, una relación sexo afectiva violenta, las autolimitaciones por prejuicios de crianza, etc.

Exceptuando algunos testimonios, los y las estudiantes nos comentan de manera recurrente que no han tenido formación crítica respecto del género, y en la mayoría de los casos tienen posiciones encontradas y confrontativas con sus familias. Traen inquietudes a clase y en algunas oportunidades, una formación adquirida en las militancias, en organizaciones deportivas o comunitarias. Fuera de ello, el género y las sexualidades han sido interpretadas y vividas, hasta antes de tener alguna chance de reflexión crítica, como fallas propias.

Pareciera que transitamos un momento en el que conviven las nuevas con las viejas narrativas. Este cambio de enfoque en el modo y la perspectiva de relatar es el resultado de miradas profesionalizadas en género dedicadas a la promoción e impulso a la producción de contenido. El cine, la música, la literatura han visto en el último tiempo la llegada de nuevos relatos contruidos por mujeres, lesbianas, gays, asexuales, transexuales que aportan su *ojo que mira* (Barthes, 2009) al campo de la cultura tradicionalmente construido por varones. Al mismo tiempo el *pinkwashing* es una estrategia comercial de las corporaciones del espectáculo para actualizar sus productos sin que esa adaptación de los personajes al mundo de hoy suponga una real transformación en la distribución de beneficios y privilegios. Es una época bisagra en el tema y la formación es crucial para saber que las cuestiones de género no se reducen a parches reivindicatorios, sino que son el punto de partida para interpretar y transformarlo todo.

Nuestro propósito es formar comunicadores y comunicadoras, profesores y profesoras, capaces de construir nuevas retóricas con perspectiva de género para que, a partir de una comprensión integral, adquieran herramientas para desarrollar narrativas interseccionales (Crenshaw, 1989).

La interseccionalidad es una contribución crucial a los feminismos que marca una diferencia epistemológica con los estudios de género de la academia estadounidense de los 80. Como señala Lugones (2005):

Comprender la intersección de las opresiones de género, clase, sexo y raza nos capacita para reconocer las relaciones de poder entre las mujeres blancas y las de color. Pero también nos capacita para *ver* efectivamente a las mujeres de color bajo la opresión allí donde la comprensión categorial de «mujer», tanto en el feminismo blanco como en el patriarcado dominante, oculta su opresión (2005, p.67)¹.

La propuesta de Lugones, es pasar de la lógica de la opresión a la lógica de la resistencia. Esta resistencia tiene que reconocer la categoría de interseccionalidad como provisoria, de lo contrario, corremos el riesgo de vernos como seres fragmentados. Esto nos haría perder el sentido de lo que tenemos en común.

Entendemos la necesidad de sumar preguntas que pongan en evidencia la ideología heteropatriarcal y su reproducción en las tramas de la comunicación y la educación. Hacer preguntas incómodas que no guetifiquen al género como competencia de algunas áreas, sino que aludan a los efectos que la discriminación tiene en todos los ámbitos socioculturales.

Por ejemplo: ¿Qué tipo de egresades forma la escuela pública, para qué incidencia profesional? ¿Qué porción de las tierras del mundo tienen las mujeres y cómo son esas mujeres que llegan a ser propietarias, cuál es su color de piel? ¿Por qué no hay mujeres, ni travestis trans en las listas de las personas más ricas del mundo? ¿Cuántas empresarias lideran en nuestro país? ¿Cuáles son las estéticas que habitan las referencias públicas de lo femenino, hay mujeres negras o con rasgos de pueblos originarios en el poder? ¿Hay mujeres gordas o mayores de cincuenta años que sean referencias importantes para la sociedad? ¿Cuántas hay, cuántas conocemos y referentes de qué rubros son?

Desde los feminismos latinoamericanos y la pedagogía crítica tenemos como propuesta educativa desarmar este relato heterocisnormado y colonial que atraviesa nuestras propias percepciones y que, al resquebrajarse, abre posibilidades creativas y liberadoras de interpretar y pronunciar el mundo.

Como experimentamos cada día, la violencia patriarcal es el control de los cuerpos femeninos y de lo que estos cuerpos producen, ya sea dinero, saberes, trabajo, hijos, abortos. Se expresa también en medidas económicas, en políticas públicas, en acciones de guerra: lo punible sobre algunas infancias, las fronteras, el terror a quien migra, son solo algunos de los dispositivos que parten de nociones extractivistas de la administración del mundo.

El contexto de confinamiento extremó en algunos casos las violencias y la desigualdad en las tareas de cuidados y recursos. También instaló en el foro público narrativas sistemáticamente ocultadas por los discursos de poder. Podríamos decir que se amplió el foro de las redes: pasamos a producir más contenidos y a consumir de manera más personalizada. Al abrirse nuevas ventanas para exponer y compartir nuestros estilos de vida, cantidad de personas publicaron opiniones, vendieron sus productos, subieron a las redes fotos de sus casas, de sus estados de

¹ Las versalitas son del texto original.

ánimos, se expusieron cuerpos y conversaciones. De hecho, producimos más contenidos, durante los largos meses de confinamiento se tramaron nuevas narrativas y vincularidades. De algún modo, sentimos que este efecto de la pandemia aumentó el foro público de voces y consumos sin olvidar que las plataformas que sostienen esas conversaciones son la verdadera hegemonía mediática corporativa: Facebook, Google, Instagram, Twitter, entre otras. No debemos perder de vista que por ahora son plataformas producidas desde las economías más fuertes del mundo con enorme capacidad estratégica de ocultar al ojo masivo su identidad empresarial y su capacidad de comerciar una idea de elegibilidad de la vida como si se tratase de una cantidad de opciones de menú digital.

Tal vez este párrafo resulte contradictorio, vemos en este escenario estrategias posibles para tomar la palabra y, al mismo tiempo, reconocemos la opacidad de la red. Seguiremos ensayando y estudiando este campo: el universo de las redes y sus nuevas comunidades de sentidos, un universo al que necesitamos hacerle más preguntas.

¿De qué hablamos cuándo hablamos de comunicación, educación y género?

Comunicación y educación tiene por lo menos tres dimensiones de análisis del campo: el género, la comprensión de lo educativo como un proceso político que no se reduce a la transmisibilidad de contenidos y la comunicación como un campo de creación política y poética. Sabemos que lo que trama un cambio de época son las capacidades de combinar colectivamente emocionalidades disidentes, ubicar palabras, superponer voces como en un collage que coloque en el horizonte nuevas futuridades, sabiendo que más temprano que tarde, habrá que volver a recombinar los significados que hoy parecen inamovibles.

La cátedra II de Comunicación y educación, investiga las pedagogías de género presentes en el campo educativo. Se preocupa por indagar cómo se reproducen o tensionan prejuicios y se crean estereotipos. Nuestra actividad académica es actualizar y relevar el discurso mediático y las representaciones del género y sexualidad y cómo estas se introyectan y son también producidas desde el campo de comunicación y educación. Nuestra perspectiva política recupera la obra de Freire, Huergo y nuestra propia impronta que se nutre de los aportes de Segato y su lectura de la colonialidad del poder del sociólogo peruano Aníbal Quijano.

Segato aporta con su lectura la perspectiva de género de la teoría de la colonialidad del poder desarrollada Quijano. Sostiene que solamente cuatro teorías producidas en el suelo latinoamericano cruzaron en sentido contrario la gran frontera geopolítica que divide Norte y Sur y lograron impacto y permanencia en el pensamiento mundial. *Pedagogía del Oprimido* de Freire, llega al Norte sin acatar las tecnologías del texto de la tradición anglosajona ni de la tradición francesa que dominaban el mercado mundial de las ideas de la primera mitad del siglo XX; y sin sumisión política de citación dominante, ni a la lógica de productividad en términos editoriales, o a la impostura de la neutralidad científica (Segato, 2013). En su libro *La*

crítica de la colonialidad en ocho ensayos, Segato (2013) afirma que las cuatro teorías que cruzan al Norte son: la teología de la liberación, la pedagogía del oprimido, la teoría de la marginalidad que fractura la teoría de la dependencia y más recientemente la teoría de colonialidad del poder. La última, formulada por Quijano, representa un quiebre en las ciencias sociales. Estas investigaciones y conceptos nos brindan herramientas para reconocer la impronta racista oculta de las prácticas educativas locales y comprender que la idea de raza fue el instrumento más eficaz de dominación social de los últimos años.

Paulo Freire traspasó las fronteras de América Latina innovando en una estrategia de comunicación y educación para los desarraigados del mundo, diseñó una pedagogía para pronunciar la palabra propia que no es solamente decir algo, sino decirse de una manera diferente a como hemos sido dichos; a veces, totalmente opuesta. Y es en esa diferencia de nombrarnos a nosotros mismos en la comunidad dónde comienza el cambio y la salida de la opresión.

En las perspectivas feministas, por ejemplo, se evidencia cómo las construcciones identitarias emancipadoras nacieron en la posibilidad de discutir y rebasar los lugares previstos para las mujeres como madres, esposas o cuidadoras y esa acción transformadora no tiene límites. Freire enseña una pedagogía crítica que alienta a la relectura de nuestra subjetividad y a volvernos a nombrar tantas veces como sea necesario hasta transformar las condiciones opresivas que sostenemos muchas veces por creencias muy arraigadas y una economía colonial y racista.

La comunicación mira los sentidos sociales, las voces populares, las tendencias en las redes y las resistencias. La educación mira el amplio campo de lo educativo, que no se compone únicamente por la práctica del aula, de la escuela, sino por todas las prácticas con las que nos educamos y nos circundan. De este modo, queda abierta la posibilidad de explorar los intersticios en los cuales se deconstruyen y tensionan los lugares comunes de las enunciaciones de género.

Definimos al campo educativo mucho más allá de las instituciones escolares, de hecho, la escuela y la universidad como institución se incluyen en el campo de lo educativo. En este sentido, y en un contexto de vigencia de la temática de género a partir de avances normativos y su instalación en el discurso público, identificamos el proceso de producción subjetiva que promueven las prácticas educativas. En el campo escolar nos hicimos preguntas que motorizaron nuestra búsqueda y formación: ¿De qué se habla cuando se habla de género? ¿En qué contradicciones se funda? ¿Cómo las trabajadoras y trabajadores de la educación se proyectan en este ámbito? ¿Cuál es la influencia del discurso religioso en el aparentemente laico Estado argentino?

Siendo el género un aspecto fundamental para democratizar las prácticas de la vida cotidiana, nos proponemos determinar cómo en el campo de lo educativo se construyen las interpelaciones de género. ¿Cómo se aborda la temática, cuáles son las limitaciones, tensiones en torno a ello? ¿De qué modo podemos construir herramientas para su análisis e intervención en el campo de comunicación/educación como un campo estratégico para la transformación social?

Algunas preguntas recurrentes en nuestra práctica de campo en las escuelas son para indagar cómo las interpelaciones de género atraviesan o no la institución escolar. Desde la disposición edilicia hasta los imaginarios de las familias, la representación de efemérides, en la vinculación con la comunidad y en la clausura o promoción y producción de discursos de género en el aula.

¿Cómo las pedagogías de género atraviesan los discursos educativos? ¿Cómo la articulación comunicación, educación y género tensiona y/o genera propuestas en la comunidad educativa?

Con educación insistimos en la referencia al amplio campo de lo educativo cuyo acceso debe ser acompañado y fortalecido por otras restituciones de derechos que garanticen no solo el ingreso sino la continuidad, el egreso, el trabajo, la vida, el esparcimiento, la expresión, la conectividad, la salud, el bienestar emocional y el autocuidado. Como expresamos en párrafos anteriores, reconocemos también la dimensión educativa que tienen otras prácticas sociales por ejemplo, la moda, las industrias culturales, las religiones, los clubes, etc.

Estas preguntas elaboradas y escritas durante la última década merecen hoy, a partir de este contexto inédito de pandemia, algunas actualizaciones que retomaremos en los próximos años. Queremos reeditar la dimensión educativa de los temas que configuran los contenidos mínimos del currículo escolar y universitario para avanzar en la pregunta respecto de qué es lo que merece ser enseñado hoy. Si los contenidos están completamente disponibles en las redes, ¿cómo haremos para construir criterios de búsquedas? ¿Cómo tramitaremos colectivamente la educación emocional en contextos de incertidumbre? Respecto de la comunicación, habría que rediscutir las hegemonías mediáticas. Ya mencionamos en el apartado anterior que son estas empresas las que hoy componen el nuevo *establishment* de medios: Google, Facebook, Twitter, Instagram y las grandes plataformas que se presentan a sí mismas como espacios abiertos, ilimitados y transparentes.

Como corolario de este capítulo podría decir que en estos doce años desde que comenzó la cátedra, hemos construido la mirada del campo de lo comunicativo desde una epistemología de género y más recientemente de la raza. Comprendemos la necesidad de renovar la concepción tradicional que reduce lo educativo a lo escolar y la comunicación a los medios. Subrayamos el desafío de sumar acciones y lecturas que se nutran de una interpretación crítica del campo. Estas perspectivas nuevas con las que trabajamos son el racismo, la epistemología de género y los usos críticos de las plataformas digitales como estrategias para transformarlo todo. También creemos que escribir estas memorias y aprendizajes de cátedra es una estrategia para producir y valorar el conocimiento colectivo y poético del aula. La comunidad docente dedica la vida entera a lo que allí acontece: los pensamientos entramados y los diálogos en los que participan estudiantes, comunidad y contextos cambiantes, se ponen así en el real valor académico y político. El cuaderno de cátedra como experiencia política y afectiva se hace en los diálogos y las vivencias con las que sembramos, ojalá, futuros mejores.

Referencias

- Barthes, R. (2009). *La cámara lúcida*. Paidós.
- Cremona, M. F. (2013). ¿De qué hablamos cuando hablamos de género? En Rosales, P. O., Jorge, E.J. y D'ugo, J. A. (Coords.), *Discapacidad, justicia y estado: Género, mujeres, niñas y niños con discapacidad*. INFOJUS pp. 3-30.

- Cremona, M. F. y Gariglio, R. (2020). Comunicación/educación desde una epistemología de género. En P. Valdivia y C. Del Valle Rojas (Dirs.). *Leyendo el tejido social. Análisis discursivo y retórica cultural en el sur global* (pp. 101-120). University of Groningen Press.
- Cremona, M. F., Actis, M. F., Gariglio, R. y Sambucetti, M. E. (2020). ¿Quién nos cuida en casa? En: Bidaseca, K. et al, *Danzando bajo el hain. Cuidados, cuerpos y territorios afectados por la pandemia*. Ed. Milena Caserola.
- Crenshaw, K. (1989). Demarginalizing the intersection of race and sex: A black feminist critique of antidiscrimination doctrine, feminist theory and antiracist politics. *u. Chi. Legal f.*, 139.
- Lugones, M. (2005). Multiculturalismo radical y feminismos de mujeres de color. *Revista Internacional de Filosofía Política*, Núm. 25, pp. 61-76. Universidad Autónoma Metropolitana - Iztapalapa.
- Segato, R. (2013). *La crítica de la colonialidad en ocho ensayos*. Prometeo.
- Segato, R. (2017). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Prometeo.